



# EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.<sup>a</sup> ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Advertencia.*—*Revista de Modas*, por D.<sup>a</sup> Aurora Perez Miron.—*Un filósofo del siglo XIX*, por don Eusebio Doncel.—*La Tempestad* (poesía), por D.<sup>a</sup> Angela Mazzini.—*Una Cruz*, por D.<sup>a</sup> Joaquina G. Balmaseda.—*Varietades.*—*Modas.*—LÁMINA: *Figurin*, n.<sup>o</sup> 874.

## ADVERTENCIA.

No habiendo llegado á tiempo del Estranjero, á causa del crudo temporal que atravesamos, los materiales necesarios á la ejecucion de las grandes reformas que hemos ofrecido introducir en el periódico, y no queriendo aplazar por mas tiempo la aparicion del primer número del año, ni defraudar en lo mas mínimo

á nuestros constantes favorecedores, hemos resuelto dar el número ó números del CORREO DE LA MODA que sean necesarios hasta la llegada de dichos materiales, en su forma antigua, seguros de que nos lo dispensarán con su proverbial indulgencia nuestros constantes suscritores.

## REVISTA DE MODAS.

Damos principio á nuestro nuevo año y á nuestra nueva publicacion, enviando un saludo cariñoso á nuestras lectoras. Antigua es nuestra amistad, probados están los esfuerzos de su constante *revistera* por anticiparles cuantas novedades de interés aparecen en el horizonte de la Moda, é inútil es afirmarles que su propósito, como siempre, se reduce á guiarlas por el camino del buen sentido y del buen gusto, empresa harto difícil hoy que el carácter de la Moda toca en lo abigarrado y grotesco. Los colores fuertes, el oro y la pedrería han llegado á tal abuso en los trajes actuales, que nuestras damas parecen vestirse para deslumbrar la vista y conquistar un pueblo salvaje. ¡Ved que triste resultado han tenido las filípicas de los moralistas contra el lujo!

A pesar de las tentativas que se hicieron al principio de la estacion, los sombreros se conservan diminutos, y solo algun velete de tul, ó algun encaje atrevido, se permite robar al exuberante peinado parte de su dominio! No es posible otra cosa mien-

tras este no modifique sus exageradas proporciones. Si el sombrero hubiese de cubrir todo el peinado actual, daria por resultado cabezas fenomenales..... Agradezcamos, pues, sus moderadas proporciones, que hacen de él, sino una prenda de abrigo, un adorno gracioso.

El sombrero redondo ó birrete, goza por el momento gran favor, y no ya para partidas de caza ó carreras de caballos adorna la cabeza de nuestras bellas; en los últimos días ha extendido su dominio á la calle y al paseo, y sobre todo para señorita joven, en vano buscaré forma mas graciosa que recomendarle. Dánsele varios nombres, pero el último, el que demuestra toda su graciosa coquetería, es el de *hechicero*. Este nombre se aplica á un sombrerito birrete blanco, con garzota al lado izquierdo de acero y oro. Compíte con esta linda creacion, el sombrero diadema, reteniendo con ella un gran velete de encaje que constituye el sombrero, viniendo á reunirse las puntas con un broche ó una flor debajo

de la barba : nada mas distinguido y magestuoso que este sombrero, propio para señora casada, y debiendo acompañar á un traje suntuoso. Por fin completa el variado cuadro de sombreros los María Stuard, que forman solo un ala de tres puntas, y los que con ala pequeñísima, una blonda por detrás y una guirnalda de flores por delante, se llaman sombreros. En todas estas formas los he visto de un gusto admirable durante los últimos dias en los teatros, en los que puede decirse que ha tenido la Moda su legítima representación.

Trajes de raso del mejor gusto, trajes de gasa y muselina con graciosos adornos para las jovencitas, y hasta trajes de rico terciopelo, se han ostentado en los palcos del Régio coliseo y del afortunado teatro del Príncipe. Las fiestas de Navidad abren siempre un paréntesis á las reuniones oficiales, para dejar á las familias los dulces goces de la intimidad, las santas afecciones del hogar doméstico, únicas que conmueven el corazón, sin dejar en pos de sí desencanto ni amargura! Por eso estos dias la Moda se presenta modesta en el seno de la familia, y se permite solo hacer una pequeña escursión á los teatros, donde se ha presentado mas atrevida que graciosa. ¡Tal es su carácter actual! Sin embargo las fiestas pasan, las reuniones de familia pasarán con ellas, y los salones aristocráticos volverán á reunir en su centro todo lo mas inverosímil, todo lo mas extraño que invente la Moda!

Para trajes de baile el tul, el encaje, la gasa y tarlatana sobre viso de glase ó de raso, representarán el primer papel, y en ningun invierno como en el presente se habrá hecho tal uso de plumas y flores para adornos de trajes de salon: háblase de adornos completos de pluma para adornar en el bajo la falda y recoger en grupos la superior, formando la misma pluma una diadema vaporosa para la cabeza; y como juegos de flores para adornar los trajes en cenefas ó guirnaldas, se prefiere la mimosa, con sus brillantes hojas salpicadas de rocío, las campanillas de enredadera, las rosas y los jazmines, que por ser plantas de enredadera tambien, se estienden en ligero follaje por la falda en la direccion que se desea. Como el furor de pieles es cada dia mayor, se habla de ellas para adorno de trajes de baile, y aunque parezca un contrasentido citarlas despues de los vaporosos adornos que acabo de describir, no vacilo en recomendar un ligerísimo filete de cisne para servir de cabeza á un volante de encaje, debiendo ser de cisne tambien el centro de los grupos de encaje que se cojan á la sobre falda. Los cuerpos de estos trajes se hacen de talle cada vez mas corto, y de escote redondo para señora y cuadrado para jovencita.

El uso del fichú María Antonieta va en aumento cada vez, confeccionándose de encaje, de muselina, y de tela igual al traje. Sus formas varían algo, contándose el fichú manteleta que se cruza en el pecho y se anudan sus puntas cuadradas por la espalda, cayendo sobre el traje; el que se anuda por delante en el pecho dejando flotar las puntas cortas, que no es el menos gracioso; el que se cogen sencillamente las puntas con el cinturon del traje, y sobre todos estos, uno que merece mas detallada descripción: compónese de dos tirantes de tul ó muselina, muy plegados y rodeados de blonda, cuyos tirantes se cruzan en medio del pecho y de la espalda, cayendo sus puntas redondas por detrás y por delante sobre el vestido: este fichú debe colocarse sobre cuerpo escotado, adornando la cruz un lazo ó un grupo de flores, segun armonice con el resto del adorno. Como traje con fichú igual, he visto uno distinguido que no puedo menos de recomendar á mis bellas lectoras: consiste en un vestido de raso gris-perla adornado de cinco rulos de raso, que bajan abriéndose desde la cintura, figurando una segunda falda, y manteleta de raso igual con vueltas de color de rosa y rulos alrededor iguales á los de la falda, cuyo fichú ó manteleta cruza por delante, anudándose sus puntas por detrás. Este traje, reproducido en glase ó lana de un color, es siempre distinguido, propio para jovencita y compatible con una fortuna modesta. No me cansaré de repetir, que mas que la riqueza el gusto constituye la verdadera elegancia!

La lencería continúa utilizando los embutidos de encaje y de bordado como adorno principal, y aunque los cuellos que mas se usan son los altos y los de picos largos, se llevan tambien los cuellos corbatas guarnecidos de Cluny con lazo suelto, y las guirindolas Luis XV. En cuerpos de muselina, que siempre se usan para reuniones de confianza, se ven combinaciones de entredoses y bullones del mejor gusto, y hasta en pañuelos de la mano se ven incrustaciones de entredoses y bordados, que hacen del objeto que adornan una obra verdaderamente artística.

Descendiendo ahora á confecciones menos pretenciosas, haré observar que los vestidos bretones lejos de perder su prestigio, le adquieren cada vez mayor, y las cintas de cachemir de vivos colores y las tiras de terciopelo bordadas de sedas, son uno de los adornos favoritos de nuestros trajes. Con ellos se adornan las faldas y se figuran sobre-faldas y túnicas en los trajes cortos, y con ellas se adorna el paletot de cachemir, paño, ó ratina, que sirve de complemento á un traje modesto: con los trajes cortos la moda de la calle ha reducido mucho sus exi-

jencias, y si muchos trajes cortos se ven de telas tan ricas como el raso y el terciopelo, en cambio alternan con ellos vestidos en lanas de mezcla, lanas de un color y sedas lisas, pudiendo aprovechar para estos trajes otros largos ya en mal estado, como varias veces he dicho. Las pieles son el principal adorno de los trajes de calle, y extienden su dominio desde el guarnecido de la bota hasta el del sombrero.

No quiero terminar esta reseña sin recomendar los últimos abanicos de nacar con pais de encaje, sobre transparente de color que juegue con el traje al que han de acompañar. Es una prenda de tanto gusto como riqueza, que debe servir de complemento á un atavío espléndido de sociedad!

AURORA PEREZ MIRON.

## INSTRUCCION.

### UN FILÓSOFO DEL SIGLO XIX.

*A D.<sup>a</sup> Enriqueta Gramage de Rafo.*

¿A quién sino á tí, querida prima, hermana del alma mia, puedo dedicar el presente artículo; á tí, sí, que no solo lo leerás con gusto, sino que tu cariño hará disimulables las faltas que contenga? ¡Dichoso yo, si logro entretener te, y mucho mas si la idea que trato de esponer te parece útil y buena, armonizando con tus nobles ideas y los bellos sentimientos de tu alma!

#### I.

Aunque no me propongo, lector querido, emprender un trabajo largo, me parece que seria muy conveniente que lo acompañase con algun dibujo, que retratase la fisonomía del grave personaje á quien intento describir. ¿Lo haré con lapiz? ¡No, que se borrarà con el tiempo! ¿Emplearé el pincel y la paleta? Pero yo no soy pintor. Me contentaré entonces con los rasgos de mi pluma, y ojalá logre grabar en tu memoria ese noble aspecto que tanta veneracion me infunde.

Mi tipo es un filósofo, grave como la ciencia, modesto, dulce y afable como ella. Es un tipo fronológico de la mas alta importancia. Sus facciones revelan suma bondad: su frente es elevada, y tras ella se observa desarrollado y proeminente el órgano de la veneracion: sus blancos cabellos caen sobre sus hombros, formando armonía con su barba, tambien blanca, que desciende hasta la mitad del pecho, dando á su aspecto un aire tal de nobleza y magestad, que es imposible resistir á su magnético inflajo y verle sin amarle.

Este retrato no es un capricho de mi fantasia, sino el de un sér real, de un anciano venerable que ha pasado por mil vicisitudes, que ha sufrido muchos desengaños, y que ha aprendido á cifrar su dicha en hacer bien, y en la dulce tranquilidad de su conciencia. Es medianamente rico, y habita en un piso bajo de la calle de Alcalá, esquina á la de el Caballero de Gracia y frente á la iglesia.

#### II.

Era un domingo, vagaba yo, lector amigo, por las calles de la coronada Villa, solo y á la aventura, cuando me hallé

rodeado de algunos amigos míos.—¿Qué haces? me dijeron, qué meditas? adónde vas? Siguenos á nosotros, que nos divertiremos.—Acepté su consejo, bajamos juntos por la calle de Alcalá, y al llegar al punto en donde habita nuestro filósofo, de todos igualmente conocido, le vimos sumido al parecer en una meditacion profunda.

Le preguntamos qué es lo que cautivaba de aquel modo su atencion, y contestó con la mayor cortesanía.

—Me place contemplar el torrente del mundo correr como rápida cascada que se precipita en los antros misteriosos de la tierra. Esa tumultuosa muchedumbre se divide en diversos grupos: los unos se dirijen llenos de afán á los toros, creyendo encontrar allí un supremo goce; pero aunque todos acuden á la misma diversion: ¡qué variedad prodijiosa de deseos! ¡qué divergencia de ideas! Unos van por admirar las difíciles suertes, otros la hermosura de las reses, á éste le cautiva el garbo de los toreros y su caprichoso traje, á aquél el bullicioso aspecto de la plaza, y al de mas allá la graciosa desenvoltura de las pocas manolas que aun se ven y concurren presurosas á estas fiestas.

Así, todos asisten al mismo espectáculo, todos ven los mismos objetos, pero ¡con cuánta diferencia los órganos los transmiten á su entendimiento! Este en quien predomina el de la benevolencia solo atiende al fiel caballo, y admira su docilidad en arrostrar una muerte cierta por obedecer á su amo; aquel, por el contrario, en quien domina el órgano de la destruccion, se complace con los ruidos desesperados de la víctima, con la vista de la sangre que tiñe do quier la arena.

Esta diversidad de gustos y pareceres, tiene pues una explicacion muy sencilla: segun sea la organizacion y la educacion que ha recibido un individuo, asi serán sus impresiones.

Por mi parte, esa fiesta popular que atrae á un gentio tan numeroso, lejos de agrardarme me entristece.

Mucho me gusta ver á un hombre dominar por medio de su inteligencia á una fiera, pero sufro cuando le veo entre sus astas, y esa ansiedad constante, en vez de goces me proporciona angustias indefinibles.

—Es cierto! exclamamos todos.

En esto, un grupo de gente nos obligó á separarnos de la ventana; pero pasó el aluvion, y nos acercamos otra vez, preguntando al bondadoso anciano por qué se sonreía.

## III.

—Motivan mi sonrisa, aquellos jóvenes que van ahí, respondió con dulce complacencia; esos de seguro no se dirigen á los toros, no corren en busca de emociones fuertes y amores turbulentos, sino de conquistas fáciles y aventuras apacibles. Lo que mas desean es agradar, y á esto se limita su ambicion. Observad cuán acicalados van: su traje no forma ni una sola arruga, no hay ni uno de sus cabellos que ose levantarse, pronunciándose en rebeldía. Pasearán entre las bellas niñas, como revolotean las doradas mariposas entre las flores, dirigiendo á esta una mirada, á aquella un suspiro, á la de mas allá una frase galante; llegará la noche, y se retirarán á su casa satisfechos, porque su frivolidad natural no les conduce á desear otra cosa. Al lado de esos jóvenes, pasan otros de andar mesurado, de ademán meditabundo. Esos tambien van al Prado, pero estoy cierto de que no verán los objetos bajo el mismo prisma, ni se entretendrán con una fútil galantería. Por las líneas marcadas de su rostro, comprendo que este se halla devorado por la ambicion, aquel que tiene las mejillas pálidas y los ojos hundidos, es esclavo de la avaricia. En cambio el que le sigue está consagrado al estudio y aspira á inspirar un amor profundo y verdadero. Para cada uno de ellos el Prado tendrá distintos atractivos. Todos son jóvenes, todos quizás son sensibles al amor, pero el amor como los placeres, tiene diversa significacion para cada individuo; cada uno lo comprende y saborea de muy diverso modo, segun haya sido mas ó menos selecta la educacion que ha recibido, segun la disposicion de los órganos que predominan en él, y forman lo que se llama entendimiento.

Pasaba á la sazón una joven hechicera que cautivó nuestras miradas, y nos retiramos debajo de las acacias para abrirla calle, pero sin dejar de contemplarla.

## IV.

—Ved, dijo uno de mis amigos, señalando al anciano que á su vez contemplaba sonriendo á la jovencilla, mientras ésta se alejaba. Yo comprendo su pensamiento, comprendo por qué se sonríe. ¿No observais con qué ansiedad los ojos de esa niña están fijos en aquellas dos señoras tan magníficamente adornadas, y tan muellemente reclinadas en aquel coche azul, tirado por dos magníficos alazanes? Es que la pobre niña, tan joven y tan bella, tiene envidia. ¡Pero observad á esas mismas dos señoras, con qué ansiedad contemplan aquella carretela que pasa mas allá, tirada por dos caballos tordos, veloces como el viento! La carretela es mas elegante que su pesado coche, la señora que parece dormir sobre sus mullidos cogines, ostenta mayor riqueza en su atavío. ¡Ellas tambien tienen envidia! Adios placer que esperaban disfrutar esta tarde. Ya todo lo ven bajo el prisma de su pasión ruin y mezquina. El Prado les parecerá desierto, la tarde desapacible. En efecto, ved como mandan al cochero que mude de direccion y las conduzca á un paseo solitario en donde no vean á esa mujer que las sobrepaja en lujo y compostura.

¡Por esto se sonríe nuestro viejo malicioso!

## V.

—Sí, dijo éste que habia adivinado nuestra conversacion, me sonrío, es verdad; pero es de lástima y tristeza, porque no hay cristal mas turbio para contemplar al mundo que el cristal de las pasiones.

—Luego, repuso mi amigo con su natural viveza, la vida es una cosa muy triste. ¡Pobres corazones, que fijais vuestra felicidad solo en las cosas de la tierra, siendo así que aquí todo es *mentira*, todo *polvo*, todo *cieno*, todo *viento*! Y la razon es obvia, añadió animándose, si las sensaciones exteriores dependen de los órganos, si la disposicion particular de los órganos determina que se desarrollen en nosotros estas ó aquellas pasiones, y nos presenten los objetos y hasta las ideas bajo su funesto prisma, y si este prisma decide de nuestra conducta en el mundo, el universo no puede menos de ser un compuesto de seres depravados en donde cada cual proceda á su capricho.

—¡Os engañais, gritó el anciano con tono solemne, acercáos y escuchádmme.

Cuál si nuestro padre nos hubiera llamado, cuál si un poder sobrenatural nos atrajese imprescindiblemente hácia él, nos agrupamos todos en torno de su ventana.

## VI.

—¡Con qué loco es tu afán, inútil mundo tu lamento!... prosiguió el anciano. ¡Así lo dijo no há muchos años Espronceda, el malogrado poeta, y esto es lo que vosotros inconsideradamente repetís en este instante! ¡Ah, no: no es cierto su axioma por fortuna nuestra! ¿Quereis ver la verdad clara como las aguas de los estendidos mares en un día de deliciosa calma? ¿quereis ver disiparse la mentira como huyen las sombras de la noche tenebrosa á los primeros rayos del astro luminoso? ¿quereis elevaros á una altura tal, que el mundo y las pasiones que le trabajan os parezcan tan pequeño y tan pequeñas, como el microscópico insecto que se agita en una gota de rocío? Pues volved los ojos, y mirad allí.....

Estendió el brazo, y nos señaló la iglesia.

## VII.

Las campanas llenaban los aires con sus ecos solemnes, y los fieles acudían á su piadoso llamamiento, subiendo en tropel por la escalera del templo adonde iban á escuchar la palabra inspirada de un profundo y sábio orador, adonde iban á recoger de sus lábios un consuelo tan suave como el que reciben los áridos campos, cuando una lluvia benéfica los humedece y vivifica... En las miradas de todos resplandecía la fé, brillaba el mas puro entusiasmo.

Este espectáculo me conmovió profundamente, y fijé los ojos en el cielo.

Sobre su tersa superficie resplandecía el plateado disco de la luna que venia á disputar su imperio á la noche, que ya habia envuelto en densas tinieblas á la coronada Villa.

Ni la mas ligera nube entoldaba el horizonte, y el astro amigo de los corazones sensibles le cubria con su precioso manto bordado de estrellas y luceros.

Largo rato contemplé con embeleso el azul y luminoso firmamento, y nunca me habia parecido tan azul, nunca me habia parecido tan luminoso como en aquel instante.

¿Era mayor su hermosura, en efecto, ó era que mi alma, dulcemente conmovida, le prestaba un nuevo encanto?

## VIII.

—Jóvenes amables, repuso el anciano con el mismo tono solemne. La frenología es una ciencia positiva y la mas útil acaso de las ciencias. Cuando el niño nace, la agrupacion y el desarrollo de sus órganos muestran claramente sus instintos, su aptitud mayor ó menor para los estudios y el ejercicio de las virtudes, y este conocimiento puede servir de seguro guia á sus padres y maestros.

Pero sobre los órganos está la razon, capaz de enaltecerse á sí misma por medio de la meditacion y el estudio, capaz de modificar á aquellos, dominarlos y obligarlos á que aunque discordes, formen entre sí una armonía perfecta; sobre la razon está el alma que ilumina el entendimiento con su luz divina; el alma, que es libre de escojer el bien y el mal; que impera como reina absoluta avasallando á la materia; y sobre el alma, por último, está Dios, foco sublime de esa luz, y sin cuya voluntad no se mueve ni una sola hoja en el árbol, ni se pierde un solo grano de la sementera. Dios, nuestro padre benigno, que para prestarnos apoyo en la difícil lucha, se digna mostrarse á nosotros en ese cielo estrelado, en ese templo augusto, que está lleno de su imagen sacrosanta.

Procurad, pues, dominar vuestros viles instintos, vues-

tras bajas pasiones, si quereis que os sonria cuanto os cerca. Sabed que conforme al estado de vuestra alma, sereno ó borrascoso, así se os presentarán los objetos. El hombre cruel sueña con horrores, el justo con actos nobles: lo que es magnánimo y bello le conmueve; lo que es aterrador y deforme le entristece. Los gustos, pues, son el regulador de nuestras virtudes; los pareceres, de la solidez de nuestro entendimiento. Sed buenos, y el mundo y los hombres os aparecerán bajo un aspecto delicioso; sed buenos, y sereis felices.

El hombre nunca se siente mas satisfecho de sí mismo, que despues de haber llevado á cabo una buena accion; que despues de haber alegrado al triste, que es la mas bella y santa de las virtudes.

Amigos míos, *esa es la vida, esa es la felicidad verdadera*. ¡Para el sér que así obre, creó Dios sus maravillas, porque él solo es digno de contemplarlas, él solo es capaz de comprenderlas, él solo puede recrearse con su magnificencia, y buscar al sublime Autor de la naturaleza, entre las inmensidades infinitas del espacio!

Os lo repito, sed buenos, y las flores tendrán para vosotros suaves perfumes, dulces melodías la brisa, gratos fulgores el cielo, y vuestros hermanos tesoros de inagotable ternura.

Cesó de hablar el sábio filósofo, nos hizo con la mano una amigable señal de despedida, y cerró la ventana, mientras nosotros nos alejábamos sumidos en una meditacion profunda.

EUSEBIO DONCEL.

## LITERATURA

## LA TEMPESTAD.

Ruje la tempestad: desde la altura  
Surge fúlgida luz, y se oscurece,  
Como al náufrago el puerto desaparece  
Para sumirle en decepcion mas dura.

Lívido resplandor que nos convierte  
En sulfúreo color cuanto nos cerca,  
Y rebramando, tras su luz se acerca  
El fragor con que el rayo nos advierte.

La voz del huracan, dura, altanera,  
En ronco silbo sin compas modula;  
La corpulenta encina lo saluda,  
Y sus brazos le tiende la palmera.

Nadie responde á tu potente acento,  
Jigante de los aires, tremebundo!  
Si gimes por hallar estrecho el mundo,  
Vuelve al trono que guarda tu elemento.

Paso!... dejad que su furor impío  
No hallando oposicion, calme su enojo,  
Girando en torbellino por su antojo  
Refrenará su aciago poderío.

Por la atmósfera van negros girones  
Que en líquidos convierten sus cristales;  
La tierra absorbe ansiosa sus raudales  
Para anegar los fieros Aquilones.

Se estremecen los antros mas profundos  
Cuando Bóreas su cetro levantando,  
Desafiar parece nuevos mundos,  
Del turbio mar las olas encrespando.

Sostiene el mar atronadora lucha  
Cuando ceñuda su soberbia estalla...  
El hombre pensador, medita y calla,  
La voz del vendabal solo se escucha.

Una cinta de fuego serpentea  
En los espacios que la vista alcanza,  
Cifra sublime que el Eterno lanza  
Porque el protervo su justicia crea.

En la selva fatídica y humbría  
Las aves en sus nidos se estremecen,  
Las flores en sus tallos languidecen  
Ante una luz que no es noche ni día.

Del Arbitro Supremo es el deseo,  
El *Fiat* anular de su palabra?  
El autor, no destruye lo que labra,  
¡Magnífico Hacedor, tu poder veo!

Una prueba sensible das al hombre  
De su mezquina y frágil existencia,  
Que con solo querer, tu Omnipotencia  
Borra de lo imposible el triste nombre.

Salve!... observad su poderoso influjo,  
Al huracan horrisono encadena  
Aplaca al mar, y á la floresta amena  
Presta de la esmeralda el verde lujo.

Surgen do quier dorados resplandores,  
Las palmas ya no inclinan sus cimeras,  
Tornan á ser las aves vocingleras,  
Y ostentan sus matices gayas flores.

La tempestad pasó: ¿por qué Dios mio,  
Del corazon humano la tormenta,  
Cuando para probarlo se presenta,  
Deja su huella asolador vacío?

Mas altiva quizá que el Universo  
El alma á tu mandato no se presta;  
Y castigas acaso su protesta  
Con el azote del destino adverso?

Perdona al sér que arrostra sin espanto,  
Tu poder que á los Cielos maravilla,  
Vuelve la paz al pecho que se humilla,  
Calma su tempestad, tres veces Santol

ANGELA MAZZINI.

## UNA CRUZ.

Siempre que es muerto un cristiano  
Algolpe de agena mano

Los vivos que en la infinita  
Bondad esperan con fé,  
Donde el hombre muerto fué  
Clavan una cruz bendita.

F. Sanz.

El hecho que voy á referir no tiene el mérito de la invención, ni el atractivo de la novedad.

Es un episodio de los infinitos que registra el interminable libro de la vida; una hoja más arrancada del árbol de la humanidad por el huracan de las pasiones, y que huellan los indiferentes que siguen su camino.

Pobre hoja desprendida del árbol! Ayer con sávia, con

hermosura, con aronia... hoy seca y por el suelo... mañana polvo... al otro dia nada! ¡No quedará de tí ni la memoria.

No os fijeis en estas líneas los que buscáis emociones desconocidas, imágenes nuevas, lances inverosímiles... Encierran el relato de una de tantas amarguras como habreis presenciado impasibles; la historia de un sér que como tantos otros muere olvidado de la sociedad que les ha ido arrancando una á una todas sus ilusiones, todas sus alegrías, hasta que la muerte, mas piadosa que ella, toma para sí lo único que ya les queda poniendo término á sus sufrimientos: la vida!

Es harto frecuente el suceso que voy á referir, pero harto frecuente es encontrar una cruz á la orilla de un camino, y el alma cristiana que con ella tropieza, recibe la misma impresion de religioso respeto, y queda reconocida á la mano ignorada que allí la puso, para advertirnos que uno de nuestros hermanos pide desde la otra vida un recuerdo envuelto en una oracion!

Este es el objeto de estas líneas: ellas serán la cruz de madera que exige á los vivos un recuerdo para el sér que murió sin encontrar consuelos, alivio ni justicia! Por eso damos sencillamente á estas líneas el título que les sirve de objeto.

### I.

En una de mis escursiones veraniegas, conocí en una modesta villa rodeada de montañas que parecen defenderla de miradas indiscretas, á una hermosa jóven, hija única de unos honrados padres que habian alcanzado la verdadera felicidad que Dios concede á los seres privilegiados: una hija bella y bondadosa, medianos bienes de fortuna y la moderacion en los deseos, base del verdadero bienestar.

Rosalía era el tipo de la verdadera doncella cristiana, modesta en su compostura, obediente en el seno de la familia, apasionada en las honestas afecciones que la rodeaban, capaz de todos los sacrificios sin violencia, mirándolos como el cumplimiento de su deber.

Rosalía era dichosa: á su dicha contribuian sus padres, sus criados, sus amigos, y hasta el que iba á ser su marido.

No faltaba al corazon de Rosalía ni ese benéfico rocío encanto de los primeros años, que se llama *amor*.

Rosalía amaba á Manuel con toda la ingenuidad de los primeros años, y toda la vehemencia de quien en él miraba su presente y su porvenir.

Manuel amaba á Rosalía con la hidalguía de quien sabe estimar la virtud y trata de merecerla.

Aunque el jóven no era natural de aquel pais, hacia algunos años que desempeñaba en aquella poblacion un destino del Gobierno.

Mas de una vez al contemplar aquella familia tan modesta y tan dichosa, se estremeció mi corazon ante la idea de que una nube ocultase el sol de su felicidad: entonces estrechaba á Rosalía entre mis brazos, y un presentimiento extraño me atormentaba.

Un dia Rosalía fué á verme como de costumbre, y su expresion era mas animada, mas alegre.

Yo me habia acostumbrado á leer en su semblante, y pregunté á la jóven qué nuevo gozo albergaba su pecho.

—Siempre adivina Vd. mi sentir! me dijo con su natural sencillez. Es verdad, estoy muy contenta, y si Vd. me quiere lo estará también.

—Veamos, exclamé.

—Creía Vd. que yo iba á pasar mi vida en este desierto? Pues no señora; este invierno espero pagar á Vd. su visita en Madrid.

—En Madrid! murmuré maquinalmente.

—Parece que lo siente Vd.

—No, por cierto, y espero que me diga Vd. el motivo de ese viaje.

—Han propuesto á Manuel una permuta en su destino con un empleado de su mismo sueldo, y al cual parece que, falto de salud, le conviene respirar el aire puro de estas montañas.

—¿Y Manuel acepta?

—¿Pues no? Yo misma se lo he aconsejado.

A punto estuve de decirle:—«Corra Vd., dígame lo contrario, si aun es tiempo;» pero el temor de sembrar el germen de la desconfianza en aquel inocente corazón, me contuvo.

—¿Y marcha Vd. con él? murmuré.

—Al principio, no. Quiere Manuel ir primero, tomar casa, conocer la población y volver por mí.

Un suspiro involuntario se escapó de mi pecho, y dándole mil enhorabuenas, cambié la conversacion.

Los dias que siguieron hasta el de mi partida se pasaron en formar planes de felicidad: en vano yo arriesgué algunas observaciones respecto á lo distinto que es tener un sueldo corto en una provincia á tenerle en Madrid, y lo poco que da al corazón esta ciudad, que todo lo guarda para los sentidos: á lo primero me respondían los padres que su fortuna entera era para sus hijos, y á lo segundo los dos jóvenes se miraban y sonreían.

¡Quién discute con el amor!

Al poco tiempo abandonaba yo la modesta Villa, y en el mismo coche la abandonaba Manuel, que venía á Madrid por primera vez, y, como era natural, con la mente henchida de ilusiones.

Ambos fuimos despedidos con muestras de felicidad por aquella familia, que no nos decía *adios*, sino *hasta la vista!*

## II.

Visitábame Manuel casi todos los dias al principio de nuestro regreso á Madrid, y en todas sus visitas era objeto de nuestra conversacion la familia que iba á ser suya, y el efecto mágico que la córte habia producido en su ánimo.

¡Faltábanle horas para divertirse y admirar!

Poco á poco sus visitas fueron menos frecuentes, y á las dulces reconvenciones que le dirigia mi amistad, oponia las ocupaciones de su vida nueva, y las diversiones que por do quiera le cercaban. Teatros, cafés, reuniones... ¡Cuántos atractivos para el que ha pasado sus mejores años en una pacífica provincia!

—¿Y Rosalía? le preguntaba yo siempre.

—Me ha escrito, me respondia, y me mostraba cartas de

la joven, en que se quejaba que el invierno adelantaba y ella no venia á Madrid.

—Creo que tiene razon, decia yo sonriendo.

—No la tiene: mi viaje me ha proporcionado gastos que necesito resarcir. La vida en Madrid es muy cara!

—Veo que lleva Vd. con mas paciencia que ella la separacion.

—Me juzga Vd. mal: quiero á Rosalía con toda mi alma.

—¿Lo mismo que cuando estaba Vd. á su lado?

—Lo mismo, exclamaba riendo. Si otras tonterias me distraen un momento, Rosalía es la elegida de mi corazón.

Este diálogo sobre poco mas ó menos, sosteniamos siempre á nuestra vista. Ya llegó un dia en que yo le dilaté en estos términos.

—El invierno termina y Rosalía no ha venido.

—El verano, si va Vd., se la traerá consigo.

—¿De verás?

—De veras. Aunque ahora estamos enojados. Cada dia es mas exigente. Se conoce bien que no ha salido nunca de un lugaron.

—Mal la trata Vd. No influye quizá en ese juicio la buena amistad que le une á Vd. con Julia de X.?

Quedóse un poco cortado, y reponiéndose añadió:

—Es Vd. demasiado maliciosa. Esa señora viuda, joven de un carácter franco y amable, me trata como á los otros que frecuentan todas las noches su casa... y nada mas!

—Manuel le quiero á Vd. porque quiero á Rosalía. Precípiteme Vd. su casamiento, exclamé.

—¡No me haga Vd. tan niño! Soy dueño de mi razon, y si me faltára vendré á pedir parecer..... á tan buen consejero!

(Se concluirá.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

## VARIEDADES.

### La buena semilla.

Efectúabase no há mucho en París una alegre boda, y hé aquí lo que contaban los convidados acerca del modo singular con que se habia llevado á cabo.

Un mercader del Boulevard de Sebastopol, rico ya sobre manera y cansado de trabajar, se hizo construir una risueña casa en las orillas del Sena, y fué á habitar en ella. La casa era grande, su familia reducida, pues solo tenia á su mujer y á una hija de diez y siete años, y como aun no habia sofocado del todo sus instintos de mercader, pensó en alquilar la otra mitad, y la cedió en efecto á un empleado, cuya familia era tan reducida como la suya, pues solo tenia á su mujer, y á un hijo de veinte años.

Estableciéronse entre ambas familias las relaciones mas íntimas; uniéronse los padres con los lazos de la amistad, y los hijos con los del amor, porque quizás envidiaban la tranquila dicha de sus progenitores.

Un día en que el comerciante había convidado á comer al empleado, éste, cediendo á las instancias de su hijo, pidió á su comensal la mano de su hija.

—Esto no es posible, dijo el propietario con viveza, yo doy veinte mil francos de dote á mi Virginia, y quiero que su marido posea al menos la mitad de esta suma.

Ante tan incontestable argumento el empleado bajó la cabeza.

—Mi hijo, exclamó con dolorosa amargura, solo tiene por patrimonio un nombre sin tacha, y la carrera que he podido darle á costa de mil sacrificios. Está bien: que no se vuelva á hablar de semejante asunto.

Como es fácil de comprender, el resto de la comida fué muy triste.

A los postres el empleado se levantó.

—Me precisa retirarme temprano, dijo, mi hijo debe partir esta misma noche. Me prometió estar el 15 de Setiembre en Lyon si su esperanza salía fallida.

—El 15 de Setiembre! exclamó con viveza el propietario; mala fecha es esa para mí, pues pudo ser la de mi muerte!

—Cómo?

—Sí; hace treinta años de esto: el 15 de Setiembre de 1837. Mi padre poseía una casa de campo en *Petit-Brit*, en las orillas de la Marne. Hacia un calor sofocante, quise bañarme, me aventuré demasiado, y si no hubiese sido por un jóven que nadaba mejor que yo, y que por salvarme espuso su existencia...

—Cuánto nos acordamos de él! exclamó la esposa. Sin ese generoso jóven no nos habiéramos casado, y á la ver-

dad que hubiera sido lástima, ¿por qué somos tan felices!

—Y Vd. no reconoció á su salvador? preguntó el empleado.

—No, yo estaba desmayado cuando él me depositó sobre el musgo, y solo volví en mí entre los brazos de mi madre. ¡Cincuenta mil francos daría por saber quién es y bendecirle!

—Fué un domingo, no es verdad? exclamó el empleado lleno de emoción. Serían sobre las siete de la tarde, y había habido una tempestad muy grande. Cerca de allí se estaban bañando unos soldados, y ellos tuvieron la culpa de que Vd. se aventurase tanto río adentro....

Usted llevaba un sombrero de paja... guardo el sombrero como recuerdo de la aventura.

—Pero era Vd.? exclamaron á la vez el esposo y la esposa.

—Sí, dijo sencillamente el empleado. También mi mujer y yo hemos pensado mil veces en la suerte del jóven á quien tuve la fortuna de salvar la vida! Pero me voy, que se hace tarde.

—No se vaya Vd. sin decir cuándo se hará la boda, exclamó el comerciante.

—Qué boda?

—La de nuestros hijos.

—Y los cincuenta mil francos? balbuceó tímidamente el empleado.

—Acaso no se los debo á mi salvador? Dentro de quince días nuestros hijos serán tan felices como lo somos nosotros!

## MODAS.

### *Explicacion del Figurin, núm. 874.*

FIG. 1.<sup>a</sup> TRAJE DE BAILE.—*Vestido* de tul y raso blanco adornado de rulós de raso verdes en cordon.

*Falda* de tul larga, y bullonada en toda la parte inferior con rulós de raso entre los bullones. *Sobre-falda*, túnica de raso blanco y escote cuadrado, cerrada á la izquierda en el pecho, y bajando la union torcida hácia la derecha de la falda, adornada la túnica por rulós de raso y botones grandes de terciopelo verde: el talle, muy corto, le ciñe un cinturón de raso del que bajan anchas caidas á anudarse sobre la falda. Manga corta de tul con rulós de raso verde.

*Peinado* de bandós vueltos, con rizos á la frente y moña de cocas, con tirabuzones por los lados y corona de hojas de terciopelo verde.

Collar de terciopelo verde, y pendientes iguales.

FIG. 2.<sup>a</sup> TRAJE DE CALLE.—*Vestido* de paño de damas, guarnecido de astrakan.

*Falda* corta interior de seda grana, recortada en el bajo á picos guarnecidos de terciopelo, y falda mas corta de paño con picos iguales á los anteriores, guarnecidos de astrakan con un terciopelito encima, siguiendo la misma forma. Cuerpo alto guarnecido en el cuello y por delante de astrakan, y manga justa adornada de astrakan en el bajo y hombro. Cinturón de la misma tela con largas caidas á los lados, guarnecidas de astrakan, que recogen la falda, y otra mas corta que sirve de limosnera: escarapelas del mismo paño sujetan las caidas á la falda.

*Sombrero* de terciopelo negro con diadema de oro y blonda por detrás, que baja á formar unas segundas bridas detrás de las de terciopelo negro. Escarapela á la izquierda de terciopelo negro.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1868.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



## LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu 92

Coiffures de M<sup>me</sup> Boudet au Regent, B<sup>is</sup> de la Madeleine, 1 - Modes de M<sup>me</sup> Morison Rue de la Michodière, 6.  
 Rubans et Passementerie A la Ville de Lyon Ch<sup>oisie</sup> d'Antin, 6 - Fourures de la M<sup>me</sup> G. Bouheur et père à l'Hermine, Ch<sup>oisie</sup> d'Antin, 7.  
 Foulards du Comptoir des Indes B<sup>is</sup> Sébastopol, 12, 9 - Parfumeries des Mes M<sup>mes</sup> Coock, r. de Grammont, 28.

Entered at Stationer's hall.

LONDON, E. Wellon, 22, Tavistock Street Covent Garden, W.C.

MADRID El Correo de la Moda D. M. Grassi

c

c

h

o

